1

La posada del Almirante Benbow

Varios caballeros amigos míos me han pedido
que escriba todo lo que nos ocurrió
en la isla del tesoro, desde el inicio hasta el fin.

La historia comienza hace muchos años,
cuando yo era niño y mi padre tenía abierta
la **posada** del Almirante Benbow.

Una **posada** es un lugar en el que los viajeros viven temporalmente, a cambio de dinero.

Un día llegó a la puerta de esa posada
un viejo marinero con una carretilla
en la que llevaba un baúl. Era alto y fuerte.
La cicatriz de una cuchillada le atravesaba
el rostro, desde la mandíbula hasta la frente.

Llevaba el pelo negro recogido en una coleta
que le colgaba sobre la espalda.

Golpeó fuertemente la puerta con su bastón,
silbando una extraña canción
que luego le oí cantar muchas veces:

Quince hombres sobre el baúl del muerto,
¡Ah, ja, jai!, ¡Y una botella de ron!

—Me gusta esta posada –le dijo a mi padre–.
¿Tiene muchos clientes?

Mi padre contestó que no.
El lugar era solitario y la comarca, desierta.

El **tocino** es la capa de grasa del cerdo comprendida entre la piel y la carne.

—Me hospedaré aquí algún tiempo –continuó–.
Tengo gustos sencillos:
huevos con **tocino**, ron y esas rocas al lado del mar
para ver pasar los barcos...
Con eso me basta.
Podéis llamarme como queráis:
Capitán, por ejemplo. ¡Eh, muchacho!
¡Sube el baúl!

Arrojó sobre el mostrador unas monedas de oro
y se fue sin decir nada más.
Mi padre y yo nos miramos en silencio.

De aquel desconocido, solo sabíamos
que había llegado por la mañana a la aldea vecina.

Un **catalejo** es un tubo alargado con lentes que permite ver lo que está lejos como si estuviera cerca.

Sin embargo, no parecía un marinero cualquiera.
Hablaba poco, y se pasaba todo el día
caminando por la orilla del mar,
con un **catalejo** viejo y verdoso bajo el brazo.
Al atardecer se encerraba en la posada,
y allí se quedaba sentado, junto al fuego,
bebiendo agua mezclada con ron.

Cada tarde, al volver de sus largos paseos,
preguntaba si habíamos visto pasar algún marinero
por el camino de la costa.
Parecía que quería hablar con alguno de ellos
pero, en realidad, procuraba evitarlos.

Hospedarse en un lugar quiere decir vivir allí por un tiempo a cambio de dinero.

Cuando alguno venía a **hospedarse**
en el Almirante Benbow, lo observaba atentamente,
y jamás pronunciaba una palabra
mientras el desconocido permanecía en la posada.

Una tarde, el Capitán me llamó aparte
y me prometió que el primer día de cada mes
me daría cuatro monedas de plata.

—Lo único que tienes que hacer –me dijo–
es avisarme si aparece un marinero con una sola pierna.

El viento **aúlla** cuando emite un sonido semejante a un **aullido**, es decir, al sonido de algunos animales como el lobo.

Un **acantilado** es un trozo de costa marina formada por rocas muy altas y cortadas casi verticalmente.

Bárbaro significa 'salvaje'.

Aquel encargo tan extraño me quitó el sueño.
En las noches de tormenta,
cuando el viento **aullaba** alrededor de la casa
y las olas se estrellaban contra el **acantilado**,
el marinero se me aparecía bajo mil formas.
Unas veces lo imaginaba con la pierna cortada
a la altura de la rodilla; otras, como un monstruo
con una sola pierna, como si fuera una cola.
Mis peores pesadillas consistían en verle saltar
y correr detrás de mí.

Algunas noches, el Capitán bebía más de la cuenta.
Entonces se ponía a cantar durante largo rato
antiguas y **bárbaras** canciones de mar,
sin preocuparse de nadie.

Otras veces mandaba servir bebida a los huéspedes,
y les obligaba a escuchar sus historias.
Eran todas horribles, llenas de ahorcamientos,
peleas, tormentas en alta mar
y salvajes aventuras en tierras lejanas.
Daba fuertes golpes en la mesa con la mano
para imponer silencio y se enfurecía
si le preguntaban algo o si no le atendían.

Pasaron semanas y meses, y seguía en la posada,
sin pagarnos.
Mi padre no se atrevía a reclamarle la deuda.

Si por casualidad le decía
alguna palabra sobre el asunto,
el Capitán se enfurecía rápidamente.

Llevaba siempre el mismo sombrero roto y sucio
y la misma **casaca**, vieja y gastada.
Nunca escribía ni recibía cartas,
y jamás abrió su gran baúl de marinero.

La **casaca** es una prenda ceñida al cuerpo, generalmente de uniforme.

Sólo el doctor Livesey se atrevió a enfrentarse a él.
Una vez entró en el salón de la posada
a fumar una pipa. De pronto, aquel sucio
y misterioso marinero con aspecto de pirata
se puso a cantar la canción de siempre:

Quince hombres sobre el baúl del muerto...

El doctor le miró y continuó fumando.
El Capitán, al ver que no le hacía caso,
dio un fuerte golpe con la mano sobre la mesa,
señal de que exigía silencio.
Todos callaron enseguida,
menos el doctor, que siguió hablando y fumando.
El Capitán le miró fijamente y dio otro golpe.

—¡Eh, silencio! –gritó entre juramentos.

—¿Es a mí, caballero? –contestó el doctor.

El Capitán dio un salto y sacó un cuchillo.
El doctor ni siquiera se movió.
Levantó un poco más la voz
para que todos lo oyeran y dijo con mucha calma:

—Si no guardáis eso inmediatamente,
juro que os mandaré ahorcar.
Además de médico, soy juez.

Los dos se miraron fijamente a los ojos,
pero el Capitán guardó el cuchillo
y volvió a su sitio, gruñendo como un perro apaleado.